

Precisamente era Gertrudis, la muchacha asediada por el demonio de la codicia.

Llevaba un enorme cesto lleno de legumbres verdes y de zanahorias, menos rojas que sus cabellos, en honor de la verdad.

—Buenos días, hermosa, dijo el duque.

Gertrudis no se conmovió.

El píropo le parecía lo más natural.

Pero al conocer al señor de Laugou se detuvo llena de respeto y de estupor, y no pudo articular una palabra.

El duque echó una rápida mirada al rededor.

Estaban solos.

—¿Quiere usted hacerme un favor? dijo.

—¡Oh! si puedo, sí, dijo Gertrudis con rónca voz.

—¿Quiere usted á su señorita?

—¿A la señorita Ivona?

—Sí.

—¡Bonita pregunta!

—Tome usted esto por de pronto.

—¡Veinte francos! ¿No se equivoca usted? dijo la moza arqueando las cejas.

—No.

—¿Pues qué me va usted á pedir?

—Poco: que entregue usted este papel á su señorita; pero á ella sola.

Gertrudis comprendió confusamente que la carta no debía contener nada bueno, cuando tan caro le pagaba aquel servicio.

Permaneció un instante indecisa entre la carta

que tenía en una mano y el luis que acariciaba con la otra.

Por fin venció el demonio.

—Está bien, dijo.

—Ni una palabra á nadie, ¡eh!

—Pierda usted cuidado, señor duque.

Gertrudis fué al pabellón, cuya puerta estaba libre.

El padre de Ivona la había abandonado.

En lo alto de la escalera halló Gertrudis á Ivona, que la estaba esperando.

—Para usted, señorita, dijo la criada. Del guapo señor de Laugou.

Ivona cogió el billete con el asán que un árabe sediento se echa á orillas de un arroyo, y se encerró en su cuarto.

X

¿QUIÉN?

El barón Noel no era un hombre alborotado. Detestaba la ostentación y el ruido.

Es difícil sorprender al enemigo cuando se le busca á son de trompetas y atabales.

Así lo creía el barón.

Pero no perdía el tiempo.

Si el duque de Vaudrey procuraba distraerse, el banquero tenía siempre la vista en su objeto.

Oculto en sus oficinas, tejía su tela con paciencia de araña.

Esperaba.

¿Qué?

Las imprudencias de los culpables, cualesquiera que estos fuesen.

Sabía mejor que el mejor policiaco, que se descuidan siempre y se entregan cuando menos se piensa.

Sabía también que no necesitaba apresurarse.

La mujer estaba entre sus manos.

La tenía, por decirlo así, en sus dominios. Sólo necesitaba vigilarla; el cómplice volvería tarde ó temprano.

El testamento de su hermano, aquellos dos renglones apresuradamente escritos en la fiebre de la ira, le daban la clave del misterio.

La culpable era Luisa Renaud, la compañera que Santiago había levantado hasta sí, la mujer para la cual, á sus ojos de marido enamorado, nada parecía bastante rico, bastante brillante; la joya de la casa de que ambos hermanos se preciaban con orgullo.

Al pensar en esto, un escalofrío de cólera estremecía al barón.

¿Era posible?

¿Tanta perfidia, no pasaba de los límites de lo humano?

En vano procuraba descubrir en las facciones de

la joven viuda, en su actitud, en sus movimientos, algún indicio que pudiera ponerle sobre la pista.

Luisa era impecable.

A veces el banquero no podía menos de preguntarse, si, á pesar de lo afirmado por la víctima, no había podido equivocarse Santiago, engañado por falsas apariencias.

El barón tenía sentimientos sobrado honrados y justos para condenar á nadie sin pruebas irrefutables y precisas.

Esperaba aquellas pruebas.

¿Pero dónde hallarlas y á quién pedirselas?

Era absurdo suponer única autora á Luisa.

El cómplice sólo podía ser su amante.

La indignidad de que Santiago la acusaba, ¿de dónde podía provenir sino de un infame adulterio?

¿Pero dónde, cómo y cuándo se había cometido?

Antes nunca había dudado Santiago de su mujer?

Nunca la gente, tan inclinada á la censura, había empañado la reputación de la baronesa con la menor calumnia. Nunca el mismo Noel había concebido la menor sospecha sobre la infidelidad de aquella mujer, que había sabido cautivarle y conquistar sus simpatías y hacerse amar como una hermana.

Luisa Renaud era de un carácter y una naturaleza enérgica.

El barón Noel lo había comprendido así hacía tiempo, y la amaba más por lo mismo.

Mientras se condujo bien, había ganado el ra-

zón del banquero con su superior inteligencia: al desviarse del buen camino había mantenido sus relaciones con Vaudrey de manera que evitó toda sospecha.

El más profundo misterio envolvía el adúltero amor, causa de la horrible catástrofe.

El banquero veíase, pues, obligado á dirigirse, sin poder contestarla, la siguiente pregunta:

—¿Quién?

Había que buscar entre los íntimos de la casa.

Plelau y Renaudet, dos corazones de oro, no podían excitar sus sospechas.

¿Por qué entre tantos asíduos concurrentes á las recepciones de la baronesa, á los banquetes semanales de Santiago y á los bailes en que Luisa aparecía radiante de hermosura, el pensamiento del barón se fijaba tanzmente en uno de los menos constantes?

¿Por qué tenía siempre este nombre ante la vista: Huberto de Vaudrey?

¿Por qué instintivamente, sin asomo ni sombra de una prueba, su pensamiento giraba siempre en derrador de elegante vividor, del vecino de Breteña, del frecuentador de gabinetes, célebre por sus conquistas amorosas?

No hubiera podido decirlo.

No sólo pruebas, sino aun indicios tenía en apoyo de sus dudas.

Por eso el barón ocultaba cuidadosamente su convicción ó más bien sus sospechas.

Ya lo hemos dicho, esperaba.

Y esperando, agrupaba todas las revelaciones que obtenía, por cualquier conducto que vinieran. Las reunía, por decirlo así, en paquetes y las encerraba con más cuidado que el dinero, no en la caja, sino en la memoria, como datos para arreglar más tarde una cuenta.

Pensaba á menudo que Luciana, á quien apreciaba en su justo valor, debía tener la clave del misterio.

La suponía capaz de vendérsela, pero no se atrevía á intentar una compra, peligrosa si no daba resultado, puesto que alarmaría á los culpables.

Désde la muerte de su hermano había aprovechado todas las ocasiones de interrogar á algunos criados de la casa, pero sólo á los más fieles, y habiendo de otras cosas, de manera que nada sospechasen.

El cochero nada podía revelarle.

Nunca había llevado á la señora á citas sospechosas. Iba siempre á casa de la modista, del sastre ó de otros proveedores de la casa; nunca la había visto en conversaciones dudosas.

Si en el bosque ó en otros lugares, se encontraba con amigos, les hablaba en voz alta y sin misterio, y si á algún vecino del campo ó visita de París trataba con frialdad, era precisamente al duque.

El cochero no ocultaba al barón Noel que á su juicio, la señora no podía aguantar al propietario de Laugou.

Todos los demás criados confirmaban las noticias del cochero.

Nada, pues, se podía lograr por este lado.

Pero no era fácil engañar al barón.

Quando se le metía una idea en la cabeza, permanecía en ella tenazmente, como una entenga en una viga de roble, ó en un áncora un fondo de arena.

La marcha precipitada del duque, á mediados de Abril, le hizo abrir los ojos.

¿Por qué aquel empedernido parisién, flor y nata del boulevard, fanático del *sport*, del juego y de todos los placeres dejaba á Paris sino para distraer la opinión.

¿Qué necesidad tenia de ir á enterrarse vivo en las soledades de Langou?

Se hablaba de la ruina del duque y del mal aspecto de sus negocios, pero el banquero conocía perfectamente á las personas y sabia que Vaudrey sólo podia buscar en Paris el remedio á sus desastres.

En Paris se crián las herederas.

Con treinta y dos años de edad, bizarra presencia, título de duque de Vaudrey-Langou, y escudo con la arrogante divisa: «He valido, valgo y valdré,» aunque se hayan perdido unos cuantos millones, no se pierde la esperanza.

Luego, si el duque no buscaba la panacea que debía curarle, y no era capaz de resignarse fácilmente á su ruina, era porque la tenia á su alcance.

En concepto del barón las precauciones tomadas por el amante de Luisa se volvían contra el duque y eran indicios de culpabilidad.

Pero esto no bastaba.

El banquero olfateaba la caza, como perro que, en el bosque, da con el rastro de un jabalí ó de un venado: era preciso perseguirla primero y luego alcanzarla.

Por muy fuertes que fueran los lazos que unían á la viuda con su amante, el matrimonio no podía efectuarse hasta transcurrir el plazo legal y hasta entonces, por muy hábil que en disimular fuese, no dejaría de descubrirse, sobre todo, cuando se creyera segura.

Mientras, el banquero tenia que vigilar al presunto enemigo.

Por eso á principios de Mayo llamó á Juan María, se encerró con él en su despacho y le dijo:

—Estás muy triste desde la desgracia.

—Cierto, señor barón.

—Es preciso que te distraigas, Juan María.

—No deseo otra cosa, pero por más que lo procuro, no lo logro.

—Si dices una vuelta por tu tierra.

Alegrose el bretón.

—No me atrevía á pedirlo—dijo.

—Hacés mal. La romería de Plelau, ¿no es dentro de pocos días?

—El domingo, señor.

—Pues vete. Tus padres se alegrarán y tu hermano Corentino. Les darás la mejor sorpresa.

—Peró ¿y si el señor me necesitase?

—¿Para qué?

Hubo un instante de silencio.

El barón tenía ilimitada confianza en el afecto y lealtad del ayuda de cámara de su hermano.

Conocía muy á fondo á los Cleguer.

Eran bretones de buena casta, fieles á toda prueba, y de honradez inexpugnable.

Pero el barón pertenecía á esa raza de negociantes diplomáticos que nunca se dan por completo y que sólo hacen semi-confidencias, aun á los más íntimos. Su alma estaba cerrada con tranca y cerrojo.

Hablaba poco y oía mucho.

Juan María esperaba.

—Tomarás el tren que quieras, siguió el amo. Si tienes algo que decirme, hay correo.

—Bien, señor.

—Anda, pues, Juan María.

Cuando el bretón volvía la espalda, le llamó el banquero:

—¿Sabes que el señor de Vaudrey está ya en Bretaña? dijo, como sin dar importancia á la pregunta.

—He oído algo de eso, respondió el criado.

—Dicen que anda apuradillo y que quizá tenga que vender la finca de Langou. Yo no lo creo. Pero ya que vas, infórmate con reserva. Si Langou se hubiese vendido, Santiago no hubiera desperdiciado la ocasión de ensanchar nuestros terreno. Pero, sin duda alguna son rumores sin fundamento. En fin, tú verás, Juan María.

—Sí, señor baron.

—En tí confío.

Esto era despedirle.

Las conversaciones del barón nunca eran largas.

Sin embargo, el criado no se movía.

—Veo que tienes alguna idea; añadió el banquero. Si te preocupa, dímela.

—En efecto, tengo una idea, pero tan extraña...

—Vamos.

—No me atrevo. Y por otra parte, dijo el bretón todo turbado, ¿como no tengo pruebas!..... Es puro instinto.

—Explícate.

—Sea. Pues bien, creo que el señor de Vaudrey no necesitará vender su finca de Langou para reponerse.

—¿Cómo, pues?

—Casándose con alguna doncella rica, ó con alguna viuda.....

—¿Es posible!

—¿No se le ocurre á usted que el duque, como vecino de Scaer, puede pensar que, muerto D. Santiago, y aún antes, ha podido pensar que si D. Santiago muriese, su viuda era un partido soberbio?

Los dedos del banquero golpearon la tabla de la mesa.

—¡Hum! dijo en tono de censura. Tu suposición es grave, Juan María, y además eso es terriblemente complicado.

—Terriblemente complicado, sin duda, respondió algo picado Juan María, pero también posible; y la prueba es que la señora baronesa tiene ahora las dos condiciones que el señor de Vaudrey necesita: es rica y viuda. Para ponerle en ellas sólo han sido necesarios algunos minutos y dos balas, que no debieron hacer mucho ruido, puesto que la señora no las oyó, aunque no debía estar lejos cuando las dispararon.

—¡Bah! dijo el banquero, cosas más extrañas se han visto.

Juan María se había disparado.

La ironía del barón le removió como un latigazo.

—Lo asombroso, repuso con vehemencia, no es que el señor de Vaudrey esté en Langou, sino que la señora baronesa no hable todavía de ir á Scaer que está tan cerca.

—Silencio, dijo el barón. Hablas muy alto, Juan María.

—Tiene usted razón, hago mal.

—¿Has acabado?

—Sí, señor.

—Necesitas descansar, Juan María. Tu imaginación trabaja demasiado hace algún tiempo. Vete á Scaer: vigila á tu vecino el duque, pues es tu gusto guarda para mí tus confidencias. ¿Comprendes?

—Perfectamente, señor.

—Permanece en casa de tus padres todo el tiempo que te sea necesario. ¡Buen visjel

—Gracias, señor barón.

Juan María saludó á su amo con familiaridad respetuosa.

El mayor de los Bresson no dijo más palabra, pero se puso un dedo en los labios, y su mirada intimó el silencio á Juan María con más elocuencia que el mejor discurso.

Por eso Juan María Cleguer estaba en la romería de Plelau.

XI

DOS CARTAS.

En la mañana siguiente al día en que el señor de Vaudrey había entregado á Gertrudis la carta para Ivona, se levantó con ideas muy distintas de las que hacia tiempo le acosaban.

La estación le pareció deliciosa, el verde de sus prados gratísimo á la vista, las calles de árboles que se perdían en el bosque, subiendo y bajando por valles y colinas, maravillosos paisajes de Troyon ó de Rousseau.

Todo lo hallaba hermoso.

Una voz secreta le susurraba en los oídos que todo iba á salir á pedir de boca.

La hora de expectativa del amor, es más deliciosa y encantadora quizá que el amor mismo.

El duque sólo pensaba en Ivona.

Este era por entonces su mayor cuidado.

Los demás desaparecían entre las brumas de lo distante.

¿No tendría siempre á su alcance los millones del barón Santiago para reponerse, como Juan María suponía con acierto?

Mientras llegaban ¿qué debía hacer sino distraerse aligerar las horas de su reclusión en el campo?

La fortuna que le protegía había puesto en su camino á la hermosísima Ivone. De la duración de la aventura no se cuidaba el duque.

Lo importante para él, era la hermosura justamente célebre de la joven Morbihanesa, formada para el placer, y que, más adelante, podría ser la querida más agradable del mundo si se decidía á desertar de Bretaña y á abandonar al novio que la esperaba y al confiando padre.

Hacia las once, el cartero se presentó en la puerta de las cocinas, donde el cocinero y los marmitones preparaban el almuerzo.

Traía periódicos y cartas.

Al abrir la primera, el duque hizo un gesto de disgusto.

La carta le sumergía de lleno en los recuerdos de que desaba huir.

Estaba escrita en términos humildes y carifiosos de puño y letra de la arrogante Luisa.

Recorrió apresuradamente aquellas líneas que venían á turbarle, cuando solo pensaba en Ivone, y continuó á pesar de todo con el pensamiento fijo en el lazo tendido á la incauta avecilla.

No se cuidaba del fin de la aventura. Siempre había vivido al azar, buscando el placer, sin reparar en los medios de lograrlo.

La baronesa no le daba malas noticias.

He aquí lo que decía:

«Han pasado tres meses desde la noche en que cambió nuestra existencia. Sólo me queda un recuerdo confuso de aquellos imprevistos y rápidos sucesos. El traje de luto debería entristecerme; pero solo siento inmenso júbilo al considerar que puedo consagrar mi vida en absoluto y sin obstáculo que entre los dos se interponga.

«¡Qué alegría!»

«Ante ella todo se olvida y desvanece.

«¡Ah, señor duque! ¡si no me devolvieses un poco del amor que por tí siento, serías cruel é ingrato! Contigo no hay para mí imposibles. Me siento capaz de arrostrar sin vacilación los mayores peligros.

«Sin tí sería desesperada mi vida, y por muy risueña que parezca mi suerte, me creeria más desdichada que la última mendiga.

«Dejemos mis sentimientos, que acaso te fatiguen y hablemos de cosas que deben interesarte.

«Me guardan las más delicadas atenciones.

«Noel tiene más corazón y vale más de lo que pudiera esperarse de su aspecto frío y casi severo. Trata por los medios más discretos de atenuar las penas que en mí supone. La casa no se parece á lo que antes era. Se conoce que sobre ella ha caído la

desgracia. Todo se hace aquí en silencio. Solo recibimos á algunos íntimos, al conde Hugues, á Renaudet y á algún otro; pero instintivamente todos hablan bajo, como en una cámara mortuoria.

«Noel evita toda alusión á lo ocurrido. He agotado los recursos de mi ingenio. Parece como si entre él y yo hubiese un acuerdo tácito sobre el asunto. Presumo, para decirte todo lo que pienso acerca de mi confiado, que á juzgar por ciertas frases que se le escapan, que si me fuese posible aceptar una combinación prohibida por mis sentimientos, no tendríamos necesidad de dividir la fortuna de los Bresson y que quedaría toda en una mano.

«¿Me comprendes?

«Noel se ha encargado de todos nuestros asuntos con una complacencia sin límites. Le he dado un poder que me libra de ocuparme en negocios.

«No hay motivo de temor, amigo mío. Ya sabes el orden de la casa, la minuciosidad en los documentos, la exactitud de los inventarios. Hemos convenido en que á fin de año me entregará la cifra exacta de nuestra fortuna.

«Ayer, comiendo con él, cuando retiraron el servicio y nos quedamos solos, me dijo con voz algo temblorosa, poniendo sobre mi plato un *cheque* de cien mil francos.

—¿No te acuerdas de tu renta personal?

«Yo le respondí, haciendome la indiferente:

—¿Qué me importa? ¿No estás tú para arreglarlo todo?

—Sí, pero una mujer debe saber lo que puede gastar sin tocar al capital.

«Alegué la modestia de mis gustos.

—Hay que hacerte justicia—me dijo—eres la mujer de más juicio. No hay mejor ama de casa que tú. Más de una vez te he admirado por esto.

Luego me dió ciertos detalles y consejos para el porvenir, para cuando yo esté en posesión de mi fortuna, lo cual será tan pronto como yo lo desee.

«Según el testamento de mi hermano, tienes setecientos mil francos de renta, me dijo.

«Soy pues, rica, amor mío. Me alegro, porque así podrás vivir á tu gusto. Todo está á tu disposición desde ahora, la mujer y su fortuna. Dispón de mí. Manda. Te obedeceré, yo, que ante nadie me doblo.

«¿Cuándo me mandarás á tu lado? ¡Qué insoponible dolor vivir lejos de tí, amor mío! ¿Por qué te has ido de París tan pronto? Comprendo las razones que me has dado. Son prudentes, pero no puedo aceptarlas, porque me separan de quien amo.

«Espero verme pronto á tu lado. Hago mis preparativos con este objeto, y predispongo para mi permanencia en Bretaña á Noel, que nada acierta á negarme.

«Adios, mi dulce dueño: piensa en mí, y sobre todo, no pienses sino en la que todo te lo ha dado, hasta la honra.

«Luisa.»

«P. D. No temas ninguna indiscreción. Estoy segura de que la amistad del barón no encierra nin-

gún lazo. Al negociante le gusta esta servidora. Hay miradas y arranques mal reprimidos que ninguna deja de entender. Aquí está el secreto de su generosidad y mansedumbre. Frío por fuera, como una nevera de los Alpes, oculta un volcán en el pecho. ¿Cuándo será la erupción? Puedes estar tranquilo. Tenerle amor me sería más difícil que á un águila cazar en el fondo de los mares.

«Tuya,

«Luisa.»

En esta larga carta, sólo se fijó el duque en una cosa.

La joven viuda podía venir á Scaer y caer como una bomba en medio de sus amores con la hermosa morbihanesa.

Esto era lo más temible.

Había que ganar tiempo.

Fué, pues, á su despacho, y escribió la carta siguiente:

«Tu caria me ha caldeado el corazón.»

«Hablas de neveras.

«Donde las hay es en Bretaña.

«Aquí sí que hiela. Estoy muerto de frío á pesar de lo hermoso del tiempo. Parezo un desterrado á la Siberia. Moralmente, hablo, porque la temperatura es grata. Vago, desesperado, por las verdes praderas, por los bosques plantados por mis abuelos, por la landa en que florece el brezo, é inte-

rrumpa cada paso rocas musgosas y dólmenes célticos.

«¿Qué largo es el tiempo sin tí!

«¿Sin tí vida mía!

«Pero la razón no nos manda prolongar este suplicio. No apresures tu venida á Scaer. Aguarda con paciencia algunas semanas, ó quizá algunos meses.

«¿Qué nos importa esta pasajera separación?

«¿No tendremos para olvidarla toda la vida?

«Usémos astucia de serpiente. El mundo es un tirano cuyas leyes no pueden infringirse impunemente. La separación que me impongo me es muy dolorosa, pero es muy necesaria.

«¿Quién podría sospechar después las relaciones de dos amantes que se avienen á vivir separados seis meses á cien leguas de distancia?

«¡Seis meses! ¡Una eternidad!

«Creo que te equivocas respecto á las intenciones del barón.

«Ese hombre es temible, más temible de lo que tú piensas.

«Siempre he desconfiado de las gentes de negocios. Son impenetrables como estatuas de plata.

«No te digo aquí todo lo que pienso. Es preciso tener prudencia y recelarse del peligro. Supón bajo estas frías líneas el más ardiente volcán, y todos los juramentos, promesas y locuras que puede inspirar el amor.

«Yo mismo llevo esta carta á Plelau, montado en

el hermoso alazán que tanto te gustaba. En él iba cuando te vi en Scaer por primera vez,

«Voy á atravesar el claro del bosque donde te habías extraviado. No estarás allí, por desgracia. ¿Por qué no puedo evocarte?

«No me digas nunca: Adiós.

«Es una frase terrible. Dime siempre: Hasta la vista.

«Yo te digo: Hasta muy pronto, pero en Paris. Es el único sitio donde el secreto es seguro.

. Huberto. »

La carta era lisonjera; pero si la hermosa viuda hubiera podido ver el corazón de su amante, su desencanto hubiera sido horrible.

El duque tenía al escribir un gesto de hastío y de aburrimiento, que la hubiera irritado.

Recorrió á la ligera otra carta en que su notario le proponía la mano de una heredera, cuyo dote podría rellenar las lagunas de su capital y cerrar sus enormes brechas.

Los encantos de la heredera no guardaban proporción con sus millones.

El notario, como hombre práctico, aconsejaba al duque que cerrase los ojos.

Todo no puede conseguirse.

No ocultaba al señor de Vaudrey que la liquidación iba á ser desastrosa.

Todo estaba en baja y el dinero andaba escaso.

El señor Chapuzet se permitía unir sus consejos personales á los que daba como notario.

Lo estimulaba á aprovechar sin demora el plazo de respiro que con dificultad le otorgaba.

El duque no atendió los prudentes consejos y no se dignó contestarle.

Dejó su gabinete de trabajo, suntuoso y cómodo salón del piso bajo, con dos altas puertas ventanas al valle y estanques de Laugou y volvió á su interrumpido paseo y á sus ensueños matinales, repitiendo la histórica frase:

—¡Para mañana los asuntos serios!

La pálida figura de Ivona quedaba solo ante sus ojos.

XII

SEDUCCION.

El señor de Vaudrey llevó en persona la carta á Plélau, por dos razones.

Evitaba que sus criados supiesen que estaba en correspondencia con la baronesa.

Y se procuraba el placer de un paseo á caballo hacia un sitio que le atraía.

Todo lo que le acercaba á Ivona Rebec, le era muy grato.

Aquella muchacha le interesaba hasta asombrarse de sí mismo.